

La relación entre camas de hospital y habitantes es de aproximadamente 25 camas por cada diez mil habitantes.

Grandes áreas de riqueza incalculable permanecen incultas por falta de medios de comunicación.

Los yacimientos petrolíferos permanecen inexplorados por razones desconocidas.

Más de la mitad de los campesinos no posee tierra alguna.

Más de las dos terceras partes de la población económicamente activa trabaja en la agricultura para vivir.

El costo de vida en Guatemala es 10% más alto que en los Estados Unidos, en tanto que el promedio de ingreso por persona en Guatemala es diecisiete veces más bajo.

Cada uno de estos problemas, y otros más, podríamos analizarlos y dedicarles extensos estudios, que rebasan la intención de una simple reseña como la presente, y de allí que remitimos al lector a la obra de Galeano, y a la bibliografía que aparece citada a lo largo de su obra.

Las tensiones que generan los problemas mencionados son enormes, y la reflexión sobre los mismos puede explicar la efervescencia continua que hay en Guatemala y el temor constante de los sectores responsables de la situación, que saben que tarde o temprano serán impotentes para detener el imperativo histórico, y en su afán de prolongar la agonía acuden a la represión.

R. GARZARO

FULLBRIGHT, WILLIAM: "La arrogancia del poder" - Ediciones CID. Madrid, 1967, 317 pp.

El autor de la obra es el Presidente del Comité de Asuntos Exteriores del Senado norteamericano. Posiblemente conoce las interioridades de la política exterior estadounidense mejor que nadie. Desde 1943 es miembro del Congreso y desde aquel mismo año su nombre ha figurado con caracteres destacados, sobre todo por su mentalidad amplia y quizá liberalizadora. En los trágicos años del macartismo, Fullbright fue uno de los pocos legisladores que se enfrentó al inquisidor norteamericano, cuyos recuerdos de cuando en cuando parecen revivir.

En el título de la obra ya se anuncia el contenido de sus páginas. Cree Fullbright que la crítica a la política norteamericana es saludable para esa misma política, en vez de ser perjudicial; como a menudo se

ha interpretado. Considera el autor que el buen ciudadano no se dedica únicamente a alabar las acciones de los gobernantes, sino a señalar también sus errores, y debe señalarlos con claridad y sin temores. Sin embargo, este criterio parece que no es compartido por todas las esferas políticas norteamericanas. Si bien prevalece en el Congreso, los habitantes de la Casa Blanca se sienten incómodos cuando reciben las críticas de los parlamentarios o de los simples ciudadanos. Un ejemplo lo tenemos actualmente en lo referente a Vietnam, en que muchos congresistas han sido cáusticos al censurar la política del Ejecutivo y no han reparado en que sea el Presidente su correligionario. Tal el caso del ex-presidente Johnson quien fue duramente atacado por los propios legisladores demócratas, entre los cuales estuvo Fullbright.

En la administración actual también se han oído las voces críticas en contra de la política belicista en el sudeste asiático y tanto el Presidente como el Vice-Presidente han reaccionado violentamente. Hace algunos días, por ejemplo, el señor Agnew dirigió calificativos que rayan en el insulto a los que se oponen a la guerra en Vietnam. El mismo Presidente Nixon declaró, antes de las manifestaciones públicas que tuvieron lugar el quince de octubre con motivo de la moratoria en contra de la guerra en Vietnam, que ninguna manifestación pública haría variar la política que ya se había trazado. En otras palabras, que él como Presidente era el único que tenía poder de decisión. Es difícil encontrar una alocución más contundente que pruebe la ausencia de uno de los principios básicos de la democracia: que el poder radica en el pueblo. En otras palabras, que el segundo principio de la célebre expresión de Lincoln, de que "el gobierno es del pueblo, *por el pueblo*, y para el pueblo" está en plena decadencia. La expresión debería rezar: "el gobierno es del pueblo, para el pueblo, y por los grupos de presión". Lo que dijo el Presidente Nixon prueba que la arrogancia del poder se manifiesta tanto en lo interior, como en los asuntos exteriores.

A menudo los Estados Unidos se han visto en medio de torbellinos bélicos, y cree Fullbright que las causas y consecuencias de la guerra tienen "más relación con la patología que con la política". Hay fuerzas irracionales, cree Fullbright, que empujan al hombre a los conflictos. Sin embargo, es discutible hasta dónde esas fuerzas son irracionales, si se tiene conciencia de ellas y se sabe, como lo confiese el autor, que surgen cuando a unos les agrada jugar al papel de misioneros y se sienten elegidos para arbitrar en los problemas de la humanidad entera y los demás no aceptan esa autoridad que nadie ha conferido ni reconocido.

En muchas ocasiones nos parece que vivimos en la época de Amadís de Gaula o de Don Quijote, cuando los "caballeros andantes" consideraban su deber ir de un sitio a otro sin que nadie les llamase, para "desfacer entuertos" o ayudar a los afligidos. Pero Amadís o Don Quijote del siglo XX no es personaje de bigotes enhiestos, de cabellera hirsuta, desinteresado, soñador; el actual está lampiño, sobrevitaminado, rubicundo y en busca siempre de ganancias. Las aventuras de este Don Quijote son inversiones que rinden dividendos jugosos.

Señala Fullbrighth, con dejo de desconsuelo, que "los países que han recibido la mayor parte de su educación tutelada, en materia de democracia, de parte de los soldados de infantería de marina de los Estados Unidos, no se han mostrado particularmente democráticos". Los ejemplos en América son numerosas: Haití, Nicaragua, Cuba, República Dominicana; en todas estas naciones americanas estuvo la infantería de marina norteamericana, que instaló en todas ellas dictaduras, algunas de las cuales todavía no han desaparecido y otras fue muy difícil derrocarlas.

Con respecto a la intervención de los Estados Unidos en Vietnam, Fullbrighth es tajante y censura la política norteamericana en ese sector asiático. Aclara algo que los sectores belicistas norteamericanos han tratado de ocultar: que en los Tratados de Ginebra de 1954 se declaró en forma explícita que la línea de demarcación entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur en el paralelo 17 era "*provisional y no debería ser interpretada en modo alguno como límite político o territorial*", (página 142). Esta declaración contenida en esos Tratados echa por tierra el argumento que reiteradamente se ha señalado de que Vietnam del Norte es un Estado agresor del otro Estado que sería Vietnam del Sur, pues, como Estado, Vietnam es uno solo, y en tal caso, el conflicto armado es una guerra civil entre dos facciones nacionales, y el único extranjero presente son los Estados Unidos. Fullbrighth dedica varios capítulos de su libro para analizar la situación vietnamita y señala con gran objetividad la forma en que los presidentes norteamericanos han arrastrado a la nación a esa guerra que ya ha ocasionado más de cuarenta mil muertos estadounidenses y sigue con la etiqueta de "guerra no declarada". El Congreso no la ha sancionado formalmente y tampoco ha logrado imponerse a la política del Ejecutivo que defiende su posición en forma obcecada.

Los alcances de la célebre doctrina Monroe, que este Presidente expresara en su mensaje al Congreso en 1823, han sido desbaratados por los mismos dirigentes de la política norteamericana. Si América debe ser para todos los moradores del Nuevo Continente, igual de-

recho tienen a pensar los africanos y los asiáticos de África y Asia, respectivamente. ¿Cómo se puede justificar la intervención en esas lejanas tierras?

El poder excesivo ha obnubilado a los arrogantes dirigentes políticos norteamericanos y las manifestaciones de poderío se prodigan con excesiva frecuencia. Ora el Líbano, Corea, el Congo, ora la República Dominicana, Vietnam, Laos. Las críticas dentro y fuera de los Estados Unidos no son suficientes para que los dirigentes recuerden que las fronteras norteamericanas no son coincidentes con los límites del globo terráqueo.

Dice Fullbrighth, en alusión a la "Plegaria de la guerra" de Mark Twain: "Detrás de la plegaria de la guerra está la arrogancia del poder, es decir, la presunción de los más fuertes, que confunden el poder con la sabiduría y se lanzan a misiones autoimpuestas para hacer de policías del mundo, derrotar todas las tiranías, hacer de sus iguales seres felices, ricos y libres. Grandes naciones, en el pasado, se han impuesto tales misiones y han causado la desolación en torno, llevando la miseria a sus pretendidos beneficiarios y la destrucción sobre ellas mismas" (página 167).

Fullbrighth cree que es posible la coexistencia pacífica de Estados Unidos y la Unión Soviética y que se puede lograr la cooperación de las dos grandes potencias, pero que esa cooperación puede ser enturbiada por ciertas situaciones que sólo producen fricción y que pueden ser eliminadas, tales como la reunificación de Alemania y la guerra de Vietnam.

Concluye el autor que hay dos Norteaméricas: la de Lincoln y la de Teodoro Roosevelt. La primera, humanista y comprensiva, y la segunda, arrogante y agresiva. En la actualidad prevalece la de Teodoro Roosevelt. El "gran garrote" asoma por todo el mundo. El exceso de virtuosismo y puritanismo, como excesos, son nocivos. Todo aparece a la luz de los virtuosos como perversión y degeneración que deben ser corregidas. Son muchas las cruzadas que ha conocido la humanidad y muchos los que han caído bajo las dagas sagradas de los cruzados. Esperemos que de las dos Norteaméricas prevalezca la de Lincoln, y que los gobernantes norteamericanos actuales capten el mensaje que transmiten los disturbios que están ocurriendo en todo el mundo, como cauda del desasosiego que produce la guerra de Vietnam y en general la política exterior que han seguido los Estados Unidos durante los últimos decenios.

Fullbrighth reproduce en su obra la "Plegaria de la guerra" de Mark Twain, que dice: "Oh, Señor, Dios nuestro: ayúdanos a rasgar en sangrientos pedazos a sus soldados con nuestras bombas; ayúdanos

a cubrir sus prados sonrientes con las pálidas formas de sus patriotas muertos; ayúdanos a sofocar el trueno de nuestros cañones con los gritos de sus heridos, que se retuercen de dolor; ayúdanos a devastar sus humildes hogares con una tempestad de fuego; ayúdanos a colmar los corazones de sus viudas inocentes con insoportable dolor; ayúdanos a dejarles sin techo para que vaguen con sus hijitos por las hostiles ruinas de su desolada tierra en harapos, con hambre y sed, juguetes de las llamas del sol en verano y de los gélidos vientos en invierno, el espíritu destrozado, abrumados de desgracia, implorándote el refugio de la tumba que les es negada... Por el bien de los que te adoramos, oh, Señor, barre sus esperanzas, ensombrece sus vidas, alarga su amarga peregrinación, haz difíciles sus pasos, dáles a beber en su camino sus propias lágrimas, mancha la blanca nieve con la sangre de sus pies heridos. Te lo pedimos en el espíritu de caridad de Aquel que es la Fuente del Amor y que es refugio siempre fiel y amigo de todos los que se sienten angustiados y buscan su ayuda con humilde y contrito corazón. Amén". (pp. 166-167). El único calificativo que merece esta plegaria es el que le da Fullbright: obscena.

R. GARZARO